

Corresponden al segundo grupo las que se perciben durante la accion de los órganos, y que, aunque bastante oscuras de ordinario, son vivísimas en algunos casos. Si el cerebro no percibiera por los nervios de sensibilidad los grados de tension, de presion y aun de contraccion de los músculos voluntarios, y si no pudiera apreciar los resultados de la actividad muscular ó de la impulsión comunicada por los nervios motores, ni los movimientos serían coordinados y regulares, ni podríamos sostenernos en la posicion vertical, ni se adquiriría fácilmente la nocion de algunas de las condiciones físicas de los cuerpos. Cuando se cortan las raíces posteriores de los nervios de la médula espinal, ó cuando las fibras que desde la médula se dirigen al cerebro se hallan alteradas, como en la *tabes dorsal*, es decir, cuando las impresiones que los nervios sensitivos reciben en los músculos no pueden transmitirse hasta el cerebro, la regularidad de los movimientos desaparece, reemplazándola la ataxia locomotriz, sin que sea tampoco posible reconocer el peso ni la forma de los cuerpos. Las impresiones que acompañan á las diferentes excreciones, como las del esperma, de la orina, de la leche, etc., corresponden tambien al mismo grupo, aunque son mucho más vivas que las anteriores y se perciben por lo mismo con mayor intensidad.

Corresponden, por último, al tercero las que se desarrollan cuando los órganos han trabajado por más ó ménos tiempo, constituyendo ese sentimiento de fatiga tan perceptible despues de grandes esfuerzos intelectuales, de un ejercicio muscular prolongado, etc.

Cualquiera que sea el grupo á que pertenezcan las sensaciones fisiológicas que se desarrollan en el interior de la economía, contribuyen á uno de estos dos objetos : la conservacion del individuo ó la conservacion de la especie, y de ahí el que los instintos y sentimientos que de estas sensaciones se derivan, no sean sino inclinaciones, propensio-

nes, necesidades, por cuyo medio se satisface este doble fin de la naturaleza.

Los instintos que se observan en el hombre y que pueden considerarse como diferentes, por ser distintos los deseos que causan, por existir con independencia los unos de los otros, y por manifestarse con diversos grados de energía, son : entre los que tienen por objeto la conservación del individuo, *el apego á la vida, el instinto gastronómico, el de la defensa, el de la lucha, el de la astucia, el de la propiedad y el de la construcción*; y entre los que sirven para la conservación de la especie : *el amor físico, el cariño filial, el amor al país, la sociabilidad*. Digamos algunas palabras acerca de cada uno de estos instintos en particular.

§ 65.

De los instintos en particular. — Apego á la vida. — La existencia de todos los animales está rodeada de peligros, y como no siempre puede evitarlos la reflexión, se necesita un instinto conservador que esté constantemente en acecho para sustraerlos á su influencia destructora, protegiéndolos en su debilidad y escudándolos contra los riesgos que les cercan. A él se debe el movimiento instintivo con que se retrocede á la vista de un precipicio ó de cualquiera otra causa que infunda algun temor. El caballo se encabrita y procura huir en cuanto percibe cualquier otro animal que pueda causarle el menor daño ; el camello, segun cuentan, se oculta y casi se entierra en las arenas del desierto para resguardarse del sopro abrasador del Simoun ; si se toca un escarabajo se hace inmediatamente el muerto, y no hay ningun animal en que no se observen esos impulsos espontáneos con que procuran evitar todo lo que puede ser un peligro para su existencia.

El apego á la vida es tan enérgico en el hombre como

en los irracionales, y si hay ocasiones en que arrostra el peligro sin vacilar ó en que se expone con heroísmo á una muerte casi cierta, es porque cede al impulso de otros instintos más vehementes, como cuando la tímida gallina sacrifica valerosamente su vida por defender la de sus polluelos. Verdad es que el hombre tiene el triste privilegio de ser el único entre todos los animales que á veces pone fin á sus dias, con deliberada intencion y por motivos que parecen racionales; pero, ¿es la falta de este instinto ó su razon extraviada lo que le convierte en suicida? ¿No es un hecho notabilísimo que sólo se observe el suicidio en los seres dotados de razon, es decir, en los únicos que pueden tenerla pervertida?

El *instinto gastronómico* está caracterizado por ese impulso interior que nos hace desear los alimentos y las bebidas, dándonos á conocer al mismo tiempo los que son más convenientes. El niño que acaba de nacer toma con la boca el pecho de la madre, sin que nadie le haya enseñado este medio de alimentacion. Cuando termina la lactancia, hacemos uso, instintivamente, de sustancias vegetales y animales, sólidas y líquidas, porque así lo exigen las condiciones orgánicas de nuestro aparato digestivo y las necesidades nutritivas de todo el organismo. Este instinto, segun se asegura, sirve á los animales para elegir el alimento que les conviene, aun sin conocer las propiedades de las sustancias elegidas. Los bueyes, por ejemplo, de cuatrocientas noventa y tres clases de plantas diferentes, comen sólo, segun Linneo, doscientas setenta y cinco, y dejan como inútiles ó peligrosas doscientas diez y ocho; una cosa análoga sucede á las cabras, á las ovejas y á los demas herbívoros, y aunque este fenómeno singular no dependa exclusivamente del instinto; aunque el olfato y el gusto basten por sí solos para eliminar un gran número de sustancias, si su olor ó su sabor es malo, siempre sorprende que escojan, casi desde el momento de nacer, las

que son más apropiadas á sus necesidades fisiológicas y que rechacen las demas.

Conviene, sin embargo, no exagerar la importancia de estas observaciones. Sostener, como lo hacen algunos, que á este instinto y al del apego á la vida se debe el conocimiento innato de los remedios para la curacion de las enfermedades, es empeñarse caprichosamente en revestir con las apariencias de realidad lo que no son más que quiméricas ilusiones, porque ni en el hombre ni en los animales hay nada que se parezca á ese don maravilloso. Abandonados á su instinto, comen cuando tienen hambre, beben cuando tienen sed, se echan si las fuerzas les faltan, buscan el fresco si el calor les incomoda, ó el calor si sienten frio ; pero no hay un solo hecho que autorice á suponer que saben escoger, entre las diferentes sustancias de que se hallan rodeados, las que son más apropiadas á la curacion de sus dolencias. No basta decir que el perro, por ejemplo, come algunas hierbas cuando se encuentra enfermo, porque tambien las come cuando no lo está, y porque el único efecto que le producen, y no siempre, es el de provocar el vómito si el estómago se encuentra lleno de materiales que le estorban. No basta tampoco asegurar que los pueblos salvajes, sin estudio, sin conocimientos médicos y viviendo en medio de selvas seculares, á las que no llega ni aun el rumor de nuestra civilizacion, hallan en la naturaleza hierbas eficaces para prolongar su vida y curar todas las enfermedades, sin que sea fácil comprender cómo han podido conocer sus virtudes medicinales, plegando todos los dias su tienda para seguir al sol en su curso rápido ; pues á poco que se fije la atencion, se verá que en esas hiperbólicas descripciones hay más entusiasmo por lo maravilloso que exactitud, ya que ni los salvajes plegan todos los dias su tienda, ni siguen al sol en su rápida carrera, ni carecen del estudio médico que suministra la experiencia y transmite la tradicion, ni

curan todas las enfermedades, ni dejan de morir como todos los demas. En los pueblos nómadas, lo mismo que en nuestras aldeas y cabañas, no existen los millares de causas patológicas que engendra sin cesar el refinamiento de lo que se llama civilizacion ; las organizaciones son más vigorosas, las enfermedades menos frecuentes y más sencillas, y allí, como en todas partes, la experiencia enseña, á costa de algunos sacrificios, y probablemente tambien de algunas víctimas, qué remedios son, entre los que se hallan á su alcance, los que pueden emplearse con más probabilidades de que produzcan algun bien.

Esto no obstante, la obcecacion llega á dominar de tal manera á cierta clase de pseudo-fisiólogos, que cuando la fuerza irresistible de los hechos les ha obligado á confesar que el conocimiento innato de los remedios *está embotado* en el hombre, todavía sostienen que sale á veces de su letargo, sobre todo en los ensueños, para enseñarnos á curar nuestras dolencias, y hasta citan, en apoyo de su opinion, casos verdaderamente estupendos. Esculapio, se dice, apareció en sueños á Varron y le ordenó que comiera cebolla y ajonjolí para curarse. Un sacerdote de Esculapio se curó de un dolor de costado sangrándose, segun le había prevenido en sueños el Dios á quien servía. El mismo Dios mandó que bebiese sangre de toro un hombre que padecía esputos de sangre, y se curó. Otro vió en sueños la raíz de la rosa silvestre llamada *cynorrhodon*, presintiendo al mismo tiempo su eficacia para la curacion de la rabia, y se salvaron en lo sucesivo cuantos la usaron en la forma prevenida. Hoy mismo, fundándose en estos ó parecidos datos, ¿no hay quien asegura que el sonámbulo magnético puede propinar á los enfermos los remedios más convenientes para la curacion de sus dolencias? Es verdaderamente incomprendible que personas de regular criterio puedan admitir de buena fe que existe en nosotros un instinto cuya perspicacia curatriz sólo se *despierta*

cuando estamos *dormidos*; pero aun es más extraño que á estos delirios, que deberían estar relegados al olvido, se les pretenda dar un carácter científico que no han tenido jamas.

La conservacion del individuo exige en muchas ocasiones el *instinto de la defensa*, y de ahí ese impulso que nos incita á la lucha siempre que se atenta contra nuestra propiedad ó nuestras personas. Por otra parte, la vida es una serie no interrumpida de deseos, y como no siempre es fácil realizarlos, ponemos en juego toda nuestra actividad para vencer los obstáculos que se oponen á su cumplimiento. La energía de este instinto no es igual en las diversas épocas de la vida; prepotente é irreflexivo en la juventud, se debilita y extingue con los años. En el hombre es tambien más activo que en la mujer, razon por la cual arrostra con más firmeza los peligros y demuestra mayor rigor y energía en la realizacion de sus propósitos. En los animales hay tambien notabilísimas diferencias; débiles y tímidos los unos, su salvacion está en la huida; vigorosos y valientes los otros, no retroceden ante ninguna fuerza ni reparan nunca en la talla ni en el vigor de su adversario.

El *instinto de la lucha*, indispensable para la defensa, obliga con frecuencia, lo mismo al hombre que á los animales, á tomar la iniciativa en el ataque, y de consiguiente, á la agresion como único medio de satisfacer sus necesidades. Para vivir es preciso alimentarse, y como las sustancias orgánicas son las que proporcionan la mayor parte de los principios reparadores, es indispensable destruirlas á fin de que sirvan de alimento. Para los animales carnívoros la agresion es una necesidad irremediable. El águila distingue de lejos con su vista penetrante la pobre víctima que ha de suministrar la carne fresca que conviene á su organizacion, y la naturaleza la ha dotado de músculos robustos para los vuelos rápidos, á fin de que pueda al-

canzar su presa : de garras y encorvado pico para sujetarla y desgarrarla, procurándose de este modo los medios de satisfacer un apetito sanguinario y cruel, pero que proviene de una imprescindible necesidad orgánica. En igual caso se encuentran el tigre, la pantera y todos los animales que hacen uso de carnes frescas y palpitantes. Si á su vista se sienten tan agradablemente impresionados, no es, como podría sospecharse, por solo el gusto de matar : ceden á las exigencias de su estómago, que sólo puede digerir alimentos azoados, y que sólo con ellos puede suministrar á la sangre los materiales de reparacion indispensables para el sostenimiento de la vida. El manso corderillo, que pace tranquilamente en nuestras praderas, no se diferencia, bajo este concepto, de esos animales sanguinarios sino en la clase de seres que destruye ; su aparato gástrico no puede digerir más que sustancias vegetales ; su organizacion entera encuentra en ellas los materiales reparadores que necesita, y su instinto, en armonía con su organizacion, sólo es agresivo con los seres vegetales que le sirven de alimento.

El hombre, que siente como todos los animales la necesidad de vivir, rechaza y destruye, por instinto, cuanto le perjudica en su existencia, y ya para conjurar los peligros que le cercan, ya para resistir las agresiones de que puede ser objeto, ya para procurarse los alimentos y bebidas que reclama imperiosamente su economía, remueve en unas ocasiones los obstáculos que se oponen al logro de sus deseos, neutraliza, en otras, sus efectos, y en la lucha con los agentes animados ó inanimados que desea dominar, los destruye, si puede, siendo tanto más agresivo y tanto más cruel con las víctimas que á veces sacrifica cuanto mayor es su ignorancia y más se acerca al estado de barbarie, por no haber aprendido con el ejemplo ó la educacion, que no se debe querer para los otros lo que no se quiera para sí mismo, único medio de refrenar

en parte esos instintos egoistas que tan fatales consecuencias acarrear en todas las esferas de la vida.

A la par que el instinto de la defensa y el de la lucha ó agresion, se observa en todos los animales el de la *astucia*, con cuyo auxilio se vencen obstáculos ó se allanan dificultades que la fuerza por sí sola no habría podido superar, evitando al mismo tiempo, con diestra habilidad, toda clase de celadas. La zorra pone en juego medios sorprendentes para salvar los peligros ó satisfacer sus deseos y necesidades : penetra en los gallineros rodeándose de las más exquisitas precauciones, y si algunas veces se ve perseguida y hostigada por los perros, hasta se orina en el rabo y lo sacude para ahuyentarlos con su punzante mal olor. El gato permanece inmóvil horas enteras acechando el momento en que pueda sorprender su presa. El lobo practica aberturas subterráneas para penetrar en los apriscos, y el hombre mismo pesa con detenimiento el alcance de sus palabras, oculta sus intenciones, evita que se trasluzcan sus secretos, y, en vez de caminar franca y resueltamente á la realizacion de sus intentos, emplea, por desgracia, la hipocresía y la doblez, sin desdeñar en muchas ocasiones las intrigas más bastardas.

El deseo de adquirir y conservar los objetos necesarios á la existencia para utilizarlos siempre que convenga constituye el *instinto de la propiedad*, origen fecundo del trabajo y de la economía, cuando para satisfacerlo se emplean medios lícitos y honrados, así como puede dar lugar á la sórdida avaricia, al fraude, á la rapacidad y al robo, si se aspira á la posesion de lo que ya pertenece á otros ó si se ponen en juego para conseguirlo medios fraudulentos ó criminales.

Si el hombre no hubiera tenido la seguridad de utilizar en su provecho lo que gana con el sudor de su frente, ó si lo que ahorra hoy á costa de fatigas y privaciones no pudiera destinarlo á las necesidades de mañana, la tierra per-

manecería inculta, sin que nadie hubiera encallecido sus manos ni encorvado su cuerpo para fertilizarla por medio del trabajo, y ni la agricultura, ni la industria, ni el comercio ofrecerían en la actualidad ese venero inagotable de riquezas que la sociedad va acumulando cada día para poner al alcance de las más modestas fortunas todo lo que constituye el aseo, la comodidad y el bienestar.

El instinto de la propiedad se observa en todas las edades y en todas las condiciones de la vida. El niño considera como suyos los juguetes con que se acallan sus rarezas, y, á medida que avanza en años, aumenta tambien el deseo de adquirir, haciéndose aún más vehemente cuando tiene que atender á la subsistencia de la familia, ó cuando el cariño de los hijos le obliga á pensar en el porvenir, acumulando para ellos los recursos que pueden hacer más agradable su existencia. El salvaje, por su parte, defiende la propiedad de las pieles con que se abriga, de la caza de que se alimenta, de la rústica cabaña que le resguarda de la intemperie; y hasta las hormigas, las abejas, los castores, las ardillas y otros muchos animales hacen provisiones en las épocas oportunas y las conservan en la prevision de lo futuro.

A la par que los impulsos interiores de que acabamos de hablar, se desenvuelve, lo mismo en el hombre que en los animales, el *instinto de la construccion*, con cuyo auxilio preparan los objetos que necesitan para sustraerse al rigor de las estaciones, ó para el más fácil logro de sus deseos. El hombre fabrica, aunque se halle privado de toda clase de conocimientos científicos, armas, vestiduras, herramientas, etc.; se construye una morada; edifica templos á sus dioses, y hasta inventa máquinas para centuplicar su fuerza y aumentar el radio de su influencia, adquiriendo, á pesar de su debilidad física, la superioridad que neessita para dominar los seres más robustos y hacer de ellos sus esclavos.

Aunque en los animales está menos desarrollado este instinto, á él se debe la pasmosa habilidad con que las aves construyen su nido, los castores sus madrigueras, el gusano su capullo, la abeja sus panales, la hormiga sus palacios subterráneos, y la araña su delicada tela, entre cuyas mallas quedan aprisionados los insectos de que se alimenta ó los que pueden atentar á la seguridad de su morada.

No basta, sin embargo, á los fines del Criador, que los individuos se conserven : es preciso que las especies no se extingan, y como todo lo que vive está destinado á perecer, el instinto impulsa á todos los seres á la reproduccion para que, al terminar la existencia de los padres, se continúe, por decirlo así, en la vida de los hijos.

Entre los instintos conservadores de la especie, figura en primer término el *amor físico*, esa inclinacion recíproca de ambos sexos que aparece en la época de la pubertad y que constituye, hasta la proximidad de la vejez, una de las más apremiantos necesidades de la organizacion. Contendida en sus justos límites, contribuye al plan de la Providencia garantizando la conservacion de la especie ; pero si la razon no la refrena, puede dar lugar al libertinaje, al adulterio y á los más deplorables y vengonzosos excesos.

A la misma categoría de fenómenos impulsivos corresponde el *cariño filial*. No hay nada comparable á la amorosa ternura con que los padres se consagran al cuidado de sus hijos, y ese purísimo sentimiento, manantial inagotable de los placeres más vivos y de los dolores más acerbos, no se debe á la educacion ni al raciocinio, sino que brota espontáneamente, lo mismo en el estado de civilizacion que en el de barbarie, y así en el hombre como en los irracionales. Las aves más tímidas arrostran los mayores peligros en defensa de su pollada ; los animales menos agresivos se hacen temibles si alguno intenta arrebatárles

sus hijuelos, y ese magnífico lienzo en que se representa á la pobre madre lanzándose despavorida para arrancar á su hijo de entre las garras del leon que se lo había arrebatado, demuestra bien el enérgico vigor y la sublime audacia de que la mujer es capaz cuando corre algun peligro el fruto de sus entrañas. Por desgracia, este instinto, laudable en su origen como todos los demas, adquiere tal preponderancia en algunas ocasiones, que los padres no aciertan á distinguir los defectos de sus hijos, y mal dirigidos sus impulsos naturales, y sin freno ni correccion que los reprima, pueden ser en lo sucesivo el germen de los más graves disgustos.

Ademas del amor físico y del cariño filial el hombre tiene *amor al país, á la patria, á la localidad en que ha nacido*, observándose por lo regular el mismo instinto en todos los animales. Hay algo en la organizacion que exige á cada especie ambientes y condiciones especiales para que puedan ejecutarse las funciones con regularidad; y así como el pez vive necesariamente en el agua, el cuadrúpedo en la tierra y el ave en el aire, porque su estructura orgánica no les permite existir fuera del elemento para el cual están constituidos, así tambien, dentro de los mismos medios que cada una de estas especies necesita, se encuentran todavía condiciones secundarias, más ó menos indispensables á ciertos animales, que por lo mismo es preciso que las reuna el lugar de su morada. Entre las aves, el águila anida en la cumbre de las montañas, la perdiz en la llanura, la cigüeña en las torres ó tejados, la golondrina en los sotabancos ó desvanes, y éstos ó aquellos pajarillos en la copa de los árboles, en las ramas de los arbustos ó debajo de las matas.

Lo mismo sucede á los peces : los unos, necesitan la límpida corriente del agua de la montaña, los otros, balsas cenagosas; éstos, la proximidad de las rocas azotadas sin cesar por la rompiente de las olas, aquellos, las mansas en-

senadas donde apenas se sienten las agitaciones del proceloso elemento donde moran.

Entre los animales terrestres hay la misma predileccion por determinados sitios y lugares; unos desean aire y luz; otros se esconden en la tierra; éstos prefieren sitios elevados, aquellos bajos, etc. Y lo particular es, que esta predileccion de cada especie se transmite de padres á hijos sin que cambie ó varíe jamás. Donde nacen, allí viven y allí mueren. Podrán emigrar en algunas ocasiones si les falta el alimento ó si el rigor de la estacion les mortifica; pero dificilmente dejan de volver á su primitiva morada cuando cesan las causas que les obligaron á dejarla.

El hombre puede vivir en todos los climas y acomodarse á las circunstancias de la localidad en que se encuentra; ¿pero quién es el que no recuerda con placer el lugar en que ha nacido, y el prado, la fuente, la colina, á cuya intermediacion se deslizaron los primeros años de su vida? ¿Quién es el que hallándose lejos de su país no ha suspirado alguna vez por las blandas auras que le mecieron en su cuna, ó no ha sentido ese abatimiento y esa tristeza, precursores de la nostalgia, que tantas víctimas ocasiona cuando no se tiene el consuelo de respirar el aire de la patria? ¡La patria! ¿Quién es el desgraciado que no siente latir su corazon al impulso de esa mágica palabra, ó que no recuerda al menos con respeto la abnegacion y el heroismo que sabe inspirar á algunos de sus hijos?

Hay, por último, en el hombre el *instinto de la sociabilidad*: desde muy niño, y cuando sus determinaciones no pueden ser inspiradas por el cálculo ni la reflexion, se asocia á otros niños y juegan y se divierten juntos, contrayendo sencillas amistades, segun las analogías de edad, de educacion ó de carácter. Las travesuras de los muchachos se hacen siempre de una manera colectiva, y aunque haya alguno que descuelle entre los demas desempeñando el principal papel, no le faltan nunca cooperadores secun-

darios. La soledad tiene algo de repulsiyo para nuestra organizacion : necesitamos á nuestro lado seres de la misma especie que sepan comprendernos, que sientan como sentimos, que tomen parte en nuestras alegrías y pesares, que enjuguen nuestras lágrimas en las adversidades de la vida, que cierren nuestros párpados en la hora de la muerte. ¡ La muerte ! Lo que en ella hay de más tétrico y pavoroso es la soledad de la tumba, es el silencio absoluto del sepulcro. Atendida la aversion que sentimos á estar solos, ¿ puede ser extraño que Robinson se asociara, al hallarse aislado en medio de los bosques, con el primer loro que se resignó á hacerle compañía ? ¿ Puede sorprendernos que algunos presos mitiguen su desgracia educando los ratones ó las arañas, que llegan al fin á considerar como compañeros de infortunio, y que muchos de los detenidos en las prisiones celulares se hayan vuelto locos despues de algunos años de reclusion ? No : las agrupaciones humanas no son hijas del cálculo ; el pacto social de Rousseau es una quimera : el hombre se reune á los demas hombres por instinto, y las instituciones y las leyes sólo han contribuido á dirigir esa inclinacion natural de la manera más útil á todos los asociados.

En los animales está menos desarrollada la sociabilidad. Las hormigas, las abejas, los castores, los monos, los gamos, los peces, los pájaros viajeros, etc., etc., se asocian y viven reunidos, pero hay otras muchas especies que permanecen constantemente aisladas, y que sólo se reunen para satisfacer el impulso de la reproduccion.

§ 66.

Sentimientos. — Ademas de las necesidades instintivas de que acabamos de hacer mencion, hay otras que podríamos llamar sociales, porque los impulsos que provocan caerían completamente de objeto si el hombre no viviera

en sociedad. De origen exactamente igual á las primeras y dependiendo como ellas de conmociones orgánicas interiores, cuya tendencia es siempre la conservacion del individuo ó la de la especie, se les llama *sentimientos*, no porque sean esencialmente diferentes de los instintos, sino porque son más propios del hombre que de los animales y porque los deseos que excitan para la realizacion de su propósito parecen menos personales y egoistas, por lo mismo que se refieren á un objeto social.

El *amor propio*, manantial fecundo de todo lo que puede enaltecer nuestra personalidad ó nuestro nombre, nos impulsa incesantemente á ser dignos en nuestras acciones y en nuestra conducta, á cumplir con exactitud nuestros deberes, á ser virtuosos y honrados, y á estar siempre dispuestos á ejecutar cuanto pueda merecer el aprecio y la consideracion de los demas. Hay, sin embargo, en el fondo de este sentimiento, lo mismo que en el de todos los restantes, algo más de egoismo del que á primera vista se podría suponer. Esta estimacion, que tanto ambicionamos y que tantos sacrificios cuesta adquirir, nos permite llevar erguida nuestra frente; estar sumisos, sin bajeza, á los poderes constituidos; obrar con independenciam y sin altivez; rechazar todo yugo, toda tiranía, toda arbitrariedad que coarte nuestros legítimos derechos, lo mismo cuando se nos impone en nombre de la tiara del sacerdote, que en el del cetro de la majestad ó en el del gorro frigio de la plebe. No es de extrañar, por lo mismo, que, agujoneados por el amor propio, busquemos esa estimacion general que tantas ventajas proporciona, aun sin contar la facilidad con que por su medio se puede lograr decorosamente una posicion social que asegure el porvenir de nuestros hijos.

Al mismo objeto conduce, aunque por diferentes medios, el *deseo del aplauso* ó de *la aprobacion*. Tanto este sentimiento, como el del amor propio, inducen al individuo á buscar el aprecio y la consideracion de los demas, y,

como consecuencia casi necesaria, una posición social y la mayor suma posible de goces y comodidades ; pero mientras el orgullo, consecuencia inevitable del amor propio exagerado, rechaza todos los medios que no sean dignos y decorosos, la vanidad, hija legítima del deseo del aplauso, no repara en humillaciones ni bajezas. Para el vanidoso, lo esencial es la apariéncia, y mientras pueda darse aire de importancia, queda satisfecho. Para el orgulloso, lo esencial no es la apariéncia, sino la realidad ; le gusta el aplauso, pero quiere antes haberlo merecido, y, sobre todo, no lo mendiga jamás. También le gustan el fausto y las riquezas ; pero mientras la vanidad se oculta avergonzada si no puede ostentarse con lujosos atavíos, el orgullo no se humilla, aunque sólo pueda presentarse con evidentes señales de pobreza.

La *benevolencia*, sentimiento esencialmente humanitario, nos impulsa á la caridad, á la filantropía, á la beneficéncia y á todo cuanto puede contribuir al bienestar de nuestros semejantes y al alivio de sus necesidades. Hacemos á los demas lo que deseamos que ellos hagan con nosotros, y procurando el bien del prójimo, adquirimos un derecho á igual solicitud, logrando instintivamente por este medio, cierto órden de goces y satisfacciones que, en último resultado, contribuyen á la mejor conservacion del individuo ó de la especie.

El sentimiento de la *justicia* ó la *conciéncia* nos permite apreciar lo que es bueno y lo que es malo, lo justo y lo injusto, dándonos así á conocer el carácter de moralidad de las acciones. Basado en el mismo principio que el anterior, creemos *malo* todo aquello que, siéndolo, lo hacemos á los demas á pesar de la pena, del dolor ó de la repugnancia que nos causaría si se hiciese lo mismo con nosotros, y consideramos *bueno* lo que va encaminado á producir en nuestros semejantes las alegrías ó satisfacciones que nosotros desearíamos disfrutar. Por eso, cuando

obramos mal, cuando nuestra conducta no es buena, la idea del daño que hemos ocasionado ó que no hemos procurado evitar, nos conmueve penosamente dando lugar á lo que se llama *remordimientos de conciencia*, y por eso no hay nada tan satisfactorio para el hombre honrado, ni que le produzca una conmocion tan agradable y duradera, como el convencimiento de que ha obrado bien.

La *veneracion* nos impele á tributar respeto, consideracion y deferencia á todo lo que nos parece grande y poderoso por la suma de bienes que puede dispensar ó por la influencia que puede ejercer en nuestro destino. Veneramos á Dios, cualquiera que sea el culto con que se le adore : veneramos las imágenes que en una ó en otra forma lo representan en la tierra : veneramos á sus ministros y sacerdotes, á los padres, á los maestros, á los ancianos: veneramos la justicia y de consiguiente á los que, constituidos en autoridad, deben ejercerla. A veces, veneramos hasta el nombre de los héroes que se han inmolado por la humanidad ó por la patria y las cosas ó lugares consagrados á alguno de los objetos que son ó que nos parecen venerables.

Sin el sentimiento de la veneracion quizá no existiría esa propension que nos inclina á dar fe y á tributar cierto respeto á todo lo *maravilloso*, ya que por la sola circunstancia de ser inexplicable lo consideramos como consecuencia de un poder superior al que es preciso temer y respetar. Sólo así se comprende que hayan podido acogerse como verdades demostradas ese sinnúmero de absurdos de distinto género con que en todos tiempos se ha entretenido la ciega credulidad de las gentes y con que hoy mismo se la explota todavía.

La rápida reseña que acabamos de hacer de los principales instintos y sentimientos que se observan en el hombre, demuestra que esos impulsos espontáneos, engendrados de repugnancias y deseos y que determinan los actos

necesarios para la conservacion del individuo y de la especie, no son exactamente iguales en todos los animales, sino que cada especie tiene algunos que le son, por decirlo así, característicos.

Como los instintos son la expresion de las necesidades y éstas se hallan en armonía con la organizacion, cuando ésta es igual, en el fondo, como sucede á los individuos de una misma especie, los instintos son tambien iguales; cuando es semejante, como la del leon, el tigre, el gato, la pantera, por ejemplo, los instintos son del mismo modo semejantes, y cuando es distinta, lo son asimismo los instintos. El águila, dotada de medios poderosos de agresion y de defensa, y de un aparato digestivo que sólo puede utilizar las sustancias animales, no es posible que tenga iguales inclinaciones que el manso cervatillo. El oso blanco, protegido admirablemente contra el frio por su robusta piel y dotado ademas de todos los elementos necesarios para producir grandes cantidades de calor, busca por instinto las regiones del Norte, mientras que la tímida codorniz abandona en la proximidad del invierno los climas en que se encuentra para buscar otros más templados.

Esta es la causa de que en un mismo individuo cambien sus instintos y necesidades á medida que se modifica ó altera su organizacion. Los del niño no son iguales á los del adulto, ni los de éste á los del viejo: tambien se diferencian los del hombre y los de la mujer. Hasta que llega la época de la pubertad no aparecen los instintos propios de la reproduccion. Cuando las enfermedades alteran el aparato digestivo se alteran tambien las necesidades y los deseos instintivos que dependen de este aparato. La edad, el sexo, el clima, los alimentos y bebidas, el estado social y, sobre todo, la educacion, no sólo modifican los instintos por la influencia que ejercen en el organismo, sino porque á medida que se cultiva el espiritu y que la moral se perfecciona, adquieren los impulsos orgá-

nicos formas menos rudas y los objetos de nuestras voliciones se hallan más en armonía con la expresion de la verdad, de la justicia, de la belleza y de la utilidad comun. El sentimiento de veneracion, por ejemplo, es hoy en el fondo, exactamente igual á lo que era en los tiempos primitivos, pero para adorar á Dios no le sacrificamos ya víctimas humanas. El amor físico es, en su esencia, idéntico en todos los países, y sin embargo, á medida que éstos adquieren mayor grado de cultura ó una instruccion moral y religiosa más perfecta, el cumplimiento de ese instinto se realiza bajo formas menos repugnantes. Las vírgenes no son ya consagradas á los ídolos ó á los sacerdotes ; los magnates no conservan el derecho á la *prima venus* que se abrogaron algunos señores feudales ; no hay ya ningun pueblo que entregue sus mujeres á la prostitucion con el extranjero por la estúpida creencia de que eran tanto más dignas de ser amadas cuanto más solicitados habían sido sus favores, y cuanto mayor número de veces los habían prodigado ; y si hay algun país en que la mujer es todavía esclava, si el Asia y el Africa conservan sus serrallos, y si las odaliscas del Gran señor son todavía codiciadas por algunos magnates que se creen enaltecidos con su mano, por fortuna, en el resto del mundo civilizado, la mujer ha llegado á ser la compañera inseparable del esposo, la madre de sus hijos, el encanto de la familia y tanto más digna de consideracion y de respeto cuanto más pura es y más honrada.

Lo mismo podríamos decir de los demas instintos. Innatos en el hombre, dependientes de su organizacion, y de consiguiente idénticos en el fondo en todos los tiempos y en todos los países y lugares, la educacion y el ejemplo pueden modificarlos, no en su esencia, pero sí en su forma haciendo que sean más nobles, más dignos y más morales los objetos á que se dirigen las voliciones y repugnancias que provocan. Pero volvemos á repetirlo : aunque las sen-

saciones internas son las que ocasionan los instintos, así como las externas dan lugar á las ideas, nada de esto sería posible sin la intervencion de los nervios que transmiten las impresiones viscerales y la del cerebro que las percibe. Por eso el hombre, sujeto como todos los animales á los sentimientos y necesidades instintivas, las reprime y contraría muchas veces, subordinándolas á las prescripciones de la razon, de la que el mismo cerebro es el instrumento material.

CAPÍTULO II.

De las pasiones.

§ 67.

Pasion, palabra derivada del verbo latino *pati*, que significa padecer ó sufrir, es toda necesidad vehemente que excita deseos inmoderados, tiranizando la voluntad é impeliéndonos á obrar en un sentido determinado.

Puesto que las pasiones se derivan de las necesidades, y puesto que éstas pueden ser animales, sociales é intelectuales, habrá tambien pasiones que correspondan á cada uno de estos grupos. Por otra parte, como segun ya hemos dicho, hay gran número de circunstancias que influyen en nuestras necesidades, como la edad, el sexo, el temperamento, la educacion, etc., es indudable que estas mismas causas ejercerán un influjo mas ó menos poderoso en la manifestacion de las pasiones. Así se ve, por ejemplo, que el niño es, por regla general, confiado, imprudente, curioso, inconstante: el hombre, circunspecto, prudente, desconfiado, ambicioso: la mujer, variable, vanidosa, poco precavida: los sujetos de temperamento linfático, apacibles, sufridos, de carácter suave: los biliosos, coléricos y tenaces: los sanguíneos, arreba-

tados y violentos : que el uso de bebidas alcohólicas y otros excitantes exacerban, por regla general, todas las pasiones, y que las calma y modera la frugalidad y la temperancia, sucediendo una cosa análoga en ciertos estados patológicos, pues ya se sabe la frecuencia con que se desarrollan la hipocondría y la irascibilidad á consecuencia de algunas afecciones gastro-hepáticas. Quizá por esto es por lo que Bichat decía que las pasiones tienen su asiento en la vida orgánica ; pero una cosa es que residan en los órganos las causas de las pasiones y otra las pasiones mismas. Para nosotros, segun hemos indicado ya, las excitaciones internas que parten de los diferentes puntos de la economía son las que dan lugar, cuando el cerebro las percibe, á los instintos y sentimientos, y como cuando éstos se hacen prepotentes constituyen la pasion, claro es que para que ésta se manifieste se necesita el concurso de dos causas distintas : la influencia orgánica de donde parte el estímulo y la del cerebro que lo percibe y elabora. Por eso es tan frecuente que ciertos estados de excitacion cerebral favorezcan ó depriman, segun los casos, los instintos y las pasiones.

Hay que tener en cuenta, por otra parte, que así como los estados viscerales pueden ser causa de las pasiones, éstas pueden serlo á su vez de trastornos ó alteraciones en los órganos. La *cólera*, segun su mayor ó menor intensidad y segun la accion que ejerce en los nervios vasomotores, produce, en unos casos, la congestion de sangre en la cabeza ; ademas, la cara se pone encendida, los ojos se inyectan, se agitan los músculos, contrayéndose desordenadamente, y hasta la razon se perturba ; mientras que, en otros, la piel de la cara palidece y la sangre se reconcentra en el corazon, que salta tumultuosamente y casi nos ahoga. El pudor colora las mejillas, la envidia deprime las fuerzas, lo mismo que la tristeza y la melancolía, al paso que la alegría es expansiva y parece prestar

al organismo nuevo vigor. Broussais dice que jamás se vieron en Francia tantas afecciones orgánicas del corazón como durante la revolución francesa y algunos años después, lo que indica la grandísima influencia que las pasiones de todo género pueden ejercer en la economía.

§ 68.

Clasificación de las pasiones. — Las pasiones han sido divididas de mil maneras diferentes, según el punto de vista bajo el cual cada autor las examina. M. Alibert, que las hace derivar de cuatro instintos principales, las clasifica en cuatro grupos.

Corresponden al primero, que llama instinto de conservación, el egoísmo, el orgullo, la vanidad, la fatuidad, la modestia, el valor, el miedo, la prudencia, la pereza, el fastidio y la intemperancia.

Al segundo, llamado de imitación, la emulación, la envidia y la ambición. Al tercero ó de relación, la amistad, la estimación, el respeto, la consideración, el desprecio, la mofa, la compasión, la admiración, el entusiasmo, el reconocimiento, la ingratitud, el odio, el resentimiento, la venganza, la justicia y el amor á la gloria y á la patria; y al cuarto ó de reproducción, el amor conyugal, el paternal y el filial.

Cualesquiera que sean las ventajas ó los inconvenientes de esta clasificación, lo mismo que las de otras muchas que se han hecho, no podemos aceptarlas. En cuanto á nosotros, ya que, según hemos dicho, las pasiones no son sino necesidades sentidas con violencia, admitimos tantas clases de pasiones cuantas son las de las necesidades de que dependen, y de consiguiente las dividiremos en animales, intelectuales y sociales.

Entre las necesidades orgánicas ó animales, la exageración del apego á la vida puede dar lugar *al miedo ó al*

terror : el instinto gastronómico, *á la gula, á la intemperancia y á la borrachera continuada* : el de la defensa, *á la cólera, á la audacia, al valor* : el de la lucha, *á la crueldad, á la venganza, al espíritu de destruccion* : el de la astucia, *á la hipocresía, á la falsedad, á la perfidia* : el de la propiedad, *á la avaricia, al robo* : el de la construccion, *al despilfarro, á la prodigalidad* para la adquisicion ó construccion de objetos diferentes : el amor físico, *á la sensualidad, al libertinaje, á la lujuria* : el cariño filial, *al fanatismo paternal* : el amor á la patria, *al patriotismo irreflexivo, á la nostalgia* : la sociabilidad, *al tedio, al aburrimiento, etc.*, etcétera.

Entre las necesidades sociales, la exageracion del amor propio puede dar lugar al *orgullo, á la ambicion, al despotismo* : el deseo del aplauso, *á la vanidad, á la bambolla, á la populachería* : la benevolencia, *á la caridad, á la filantropía, á la beneficencia* : la veneracion, *al fanatismo* en las diferentes formas que puede adquirir : la justicia, *á la severidad, á la intolerancia* : la fe en lo maravilloso, *á la candidez* y á la propension á creer hasta las cosas más absurdas, etc.

Entre las necesidades intelectuales, el amor á las artes ó á las ciencias puede dar lugar *á la bibliomanía, al fanatismo por las colecciones científicas, al exceso del estudio*, etc.

Así como la exageracion de ciertas necesidades puede contribuir al desarrollo de las pasiones en la forma que acabamos de indicar, su decaimiento puede hacer que preponderen otros instintos, combinándose de mil maneras diferentes y dando por resultado pasiones tan distintas y variadas como lo son casi los sujetos.

El interesantísimo estudio de los instintos y de las pasiones humanas es demasiado complejo para que sus detalles puedan tener cabida en una obra elemental, cuyo primordial objeto no es tampoco la psicología. Por eso nos hemos limitado á presentar un ligerísimo bosquejo, en el

que hemos procurado dar á conocer las bases que, en nuestro concepto, deben tenerse en cuenta para que sean mejor comprendidos esos magníficos trabajos á que se han consagrado y se consagran todavía las especialidades de este género. Para nosotros, lo esencial es que se reconozcan las necesidades del organismo como punto de partida ó como origen de los instintos y pasiones ; por lo demas, el fijar con exactitud el número de esas necesidades á fin de deducir el de las pasiones elementales ó simples, y el averiguar de qué manera pueden combinarse las unas con las otras, para dar lugar á las que podríamos llamar pasiones compuestas, tiene sólo una importancia secundaria.
